

## EL ABAD COMO PADRE ESPIRITUAL\*

*Remberto G. Weakland, o.s.b.  
Abad Primado*

Si uno entra en cualquier librería de Occidente, sea en Roma, París o Nueva York, se quedará sorprendido del gran número de libros sobre temas tales como el yoga o el budismo zen, exhibidos por firmas de publicaciones comerciales y comprados por ávidos buscadores de sabiduría, tanto jóvenes como viejos. Tal vez algunos de Uds., especialmente los orientales, al ver este fenómeno han sonreído ante la ingenuidad de tal propósito. Podríamos decir que por la lectura de un algún libro se puede adquirir cierto tipo de conocimiento teórico del yoga y del zen, pero una realización existencial, práctica, de lo que significa esta sabiduría no puede ser aprendida en los libros, sino solamente bajo la guía de un maestro que haya recorrido él mismo el camino difícil del ascetismo y de la disciplina interior y conozca así desde adentro sus trampas y peligros. Tales alturas no se consiguen en un día. Pero, ¿por qué son tantos quienes compran esos manuales prácticos de yoga y zen en Occidente? ¿qué esperan de ellos?

Tocamos aquí un aspecto esencial del padre espiritual como agente en nuestro proceso de formación, aspecto que no ha sido puesto muy en claro hasta ahora. Dicho en pocas palabras, el problema es el siguiente: toda la misión del padre espiritual ha sido influida por el sistema general de educación de una época y cultura dadas. No vivimos en vacíos culturales, estamos influenciados poderosamente por la moda general y los procedimientos educativos circundantes, que han llegado a convertirse en parte de nuestra manera de pensar. Permítasenos tomar como ejemplo aquellos millares que compran libros de yoga y zen en Roma, París y Nueva York. Todo su proceso de aprendizaje está caracterizado por un enfoque científico, basado en la experiencia. Desde temprana edad, se les enseña a experimentar, verificar, analizar, controlar y comprobar. Aprenden cómo desarmar una máquina y armarla de nuevo. Piensan que lo que es, puede ser experimentado y verificado, que se puede analizar con exactitud cómo funcionan y andan las cosas. Para ellos, verificar es una parte integrante del proceso de aprendizaje. ¿Por qué entonces, no tomar un libro sobre yoga o zen y someter esos procesos al mismo examen analítico-experimental? No vivimos en un vacío cultural; lo queramos o no, recibimos una gran influencia de los métodos y estilos generales de educación en que nos movemos: forman parte de nuestra manera de pensar. Consideremos entonces el tema que nos ocupa: el papel del padre espiritual, tal como lo hemos concebido hasta ahora ¿no ha estado acaso por mucho tiempo influenciado por el sistema general de educación que estuvo en uso en una época o en una cultura muy diferente de la actual?

Remontémonos ahora a la época de san Benito y examinemos el proceso educativo. Ante todo, tendríamos que admitir que el nivel cultural de los monjes era muy diferente del actual. Por la Regla y los Diálogos de san Gregorio resulta evidente que los monjes que llegaban a los monasterios no sabían leer ni escribir. En esa época

---

\* Conferencia pronunciada en el II encuentro de superiores monásticos de Asia, Bangalore, India, octubre de 1973.

no tenían grandes bibliotecas a su disposición. Toda la enseñanza se daba por un sistema de aprendizaje. Para cualquier cosa que un hombre quisiera aprender, debía recurrir a un maestro, quien le enseñaba gradualmente los secretos o la sabiduría de su arte. Aunque Benito esperaba de los monjes que escucharan también la lectura de las Escrituras y los Santos Padres, no concebía esta *escucha* fuera del marco de la relación maestro-discípulo. Como lo ha señalado muy bien el P. Abad Calati, en la Regla, el abad, como padre, permanece en equilibrio en la frontera en que la palabra de Dios se encuentra con la comunidad de hermanos. San Benito presupone una relación maestro-discípulo en todo aprendizaje. En la Regla del Maestro, esta relación está constantemente en primer plano. Como escribe también el Apóstol: "No salga de vuestra boca palabra dañosa sino la que sea conveniente para edificar según la fe y hacer el bien a los que os escuchan" (Ef 4,29). Ahora bien, estas palabras edificantes deben provenir del abad, ya que habiendo escuchado la doctrina expuesta por el maestro, el discípulo debe responder con obras. En el capítulo sexto de la Regla, Benito cita al Maestro en forma similar: "hablar y enseñar incumbe al maestro; callar y oír conviene al discípulo".

Es muy natural que Gregorio, al escribir sus Diálogos eligiera como forma literaria la relación maestro-discípulo. El discípulo plantea preguntas —no siempre muy inteligentes— así el maestro puede iluminarlo. Al elegir tal forma, Gregorio obedecía al sistema educativo de su época, procedimiento que se encuentra en toda la literatura monástica anterior. Se ha señalado que Benito usa esta forma menos que la Regla del Maestro, en realidad, sólo al comienzo del Prólogo. Mientras que en la Regla del Maestro, la *persona* del Maestro es siempre evidente, no sucede lo mismo en la Regla de san Benito. No obstante Benito también confía muchísimo en toda la literatura sapiencial hecha de aforismos y pautas prácticas que provienen de la experiencia de un maestro.

Sería tonto ignorar todos los siglos que nos separan de Benito y reducir al mínimo las contribuciones de la metodología científica para la adquisición de conocimientos. Por lo menos en Occidente, el concepto de "padre espiritual" sufrirá modificaciones en la práctica, por los cambios culturales que se han operado desde la época de Benito. Sería absurdo pensar que la relación entre los monjes y su abad, en Occidente, podría conservar la misma modalidad que en aquellos tiempos. Por otro lado, uno puede preguntar con razón, ¿qué queda entonces? ¿qué debe retenerse hoy de esa relación? ¿cómo puede el abad ser padre espiritual? ¿qué significado tiene esto en la actualidad?

Un análisis de la situación en Occidente podría no corresponder a la de la India o Corea, por ejemplo, ya que son culturas diferentes. Pero las observaciones sobre la situación cultural en Europa y América, pueden estimular comparaciones útiles, tanto positivas como negativas, en otras culturas.

Ante todo, aunque en Occidente la enseñanza está muy influenciada por el método científico, hay un retorno interesante al sistema *tutorial*, esto es, un solo maestro guía la investigación del estudiante de acuerdo a su talento, intereses y antecedentes previos. Este sistema parece dar mejores resultados cuando los estudiantes han logrado un cierto nivel de maduración y motivación. Sin embargo, la misión del *tutor* es ayudar al discípulo a ser independiente y confiar en sus fuerzas. Resulta claro, entonces, que la dependencia es temporal. Pero esto no nos autoriza a pensar que en todas las áreas de la educación en Occidente se hubiera perdido tal

aspecto *tutorial*. En el campo de las artes aplicadas, especialmente en música, pintura y escultura, prevaleció siempre este sistema, aún cuando se hayan desarrollado nuevas formas científicas. Lo importante en tales sistemas, es que la relación discípulo-maestro está concebida como algo que tiene un término, es decir que el discípulo a su vez llega a ser maestro.

Si consideramos el papel del "abba" o "padre" en la historia pre-benedictina, veremos que estaba emparentado en muchos aspectos con el sistema *tutorial* y tenía el mismo propósito: crear nuevos "abbas". Si alguien quería ser monje, buscaba un monje experimentado que lo tomara como aprendiz. No se podía concebir otro sistema de aprendizaje. Pero en un momento dado, esta relación tenía que romperse, sea por la muerte del maestro sea porque el discípulo se había atraído sus propios alumnos. Benito modificó este sistema fluido, difícilmente reconciliable con el ideal cenobítico, creando una comunidad estable e introduciendo de este modo una nueva relación entre el abad y la comunidad. Sin embargo, reconocía la necesidad de una mayor tutela para el recién llegado, y con espíritu de subsidiariedad como diríamos hoy, confió esta misión al maestro de novicios. Previó sin embargo que una relación tan íntima como la existente entre novicio y maestro de novicios debía ser también temporal y cesar después de cierto tiempo. El peligro radica en retener como dependencia permanente este tipo de relación abba-discípulo como ocurrió en el pasado y en no asegurar al joven monje la posibilidad de tornarse más y más independiente de tal ayuda. Tal actitud transforma la paternidad espiritual en paternalismo nocivo, Brian Wicker escribe acertadamente: "El rasgo propio de una autoridad racional es ser dinámica, rica en intercambios recíprocos y sujeta a constante evolución. De esta forma, entre alumno y maestro hay una comunidad de intereses, la búsqueda del saber. Si uno de ellos falla, fallan los dos. La superioridad inicial del maestro es una condición necesaria para el cumplimiento del propósito perseguido por ambos; pero cuanto más se realice este propósito, más se transformará la relación en una igualdad recíproca". El maestro sigue siendo una fuente viva de conocimiento y de experiencia, que re-crea en sí mismo los valores y métodos que desea comunicar, pero que respeta las dotes individuales del alumno, lo cual hará al discípulo a la vez semejante y diferente de él.

Si la educación moderna occidental ha parecido dar mayor énfasis a la investigación y a la curiosidad, a la apertura y a la vitalidad, a la madurez e independencia por parte del alumno, y menos al sentido del deber, a la responsabilidad y al conformismo social, esto no debe ser considerado como un detrimento para la vida monástica, en la que las cualidades citadas en primer término son verdaderamente necesarias y no han de concebirse como una amenaza al papel de maestro del abad, sino como una protección contra los excesos del paternalismo.

En tiempos de san Benito, el maestro era la única fuente tanto de conocimiento como de técnicas y valores, pero no es así en la actualidad. Un monje puede tener mayores conocimientos sobre agricultura o sobre las Escrituras que el abad. Pretender lo contrario es llamarse a engaño. Actualmente, los monjes tienen acceso a amplias y variadas fuentes de conocimientos, aún en el campo espiritual y frecuentemente disponen de más tiempo que el abad para sacar provecho de ellas. Sin embargo, a nivel práctico, experiencial, el papel del abad sigue siendo importante. El proceso de crecimiento espiritual nunca cesa, aun en aquel que ha llegado a ser "abba". ¡Con cuánta frecuencia constatamos que los mejor informados sobre hechos y teorías se

engañan absolutamente respecto de sus vidas personales y sus motivaciones! A menudo la emoción es tan fuerte que colorea o falsea la razón. El abad puede entonces desempeñar periódicamente un papel importante. Se puede describir este papel más como una prueba negativa que como una enseñanza positiva. Desde su primera conversión el monje debe aprender a abrirse y a reconocer que con frecuencia se equivoca acerca de sí mismo. De nuevo pueden llegar momentos en su vida en los cuales le sea exigida la misma franqueza, en los cuales tendrá que guardarse de tener confianza en sí mismo y en su propia manera de ser. La función de discernimiento por parte del abad es entonces de extrema importancia.

En una comunidad cenobítica, el papel del abad puede matizarse en razón de nuestros sistemas educacionales actuales. San Benito no es demasiado explícito acerca de la forma cómo al constituir un grupo o una comunidad, y no solamente en el comportamiento individual descrito arriba, deben los monjes obrar de acuerdo con el abad en el proceso formativo. La toma de decisiones detallada en el capítulo tercero es muy útil, y la misma descripción podría aplicarse a todo el proceso de formación, aún en el campo de los asuntos espirituales, entre hombres maduros. El abad sigue siendo el centro de unidad entre los miembros del grupo, pero el proceso se parece más exactamente a un "seminario" compartido, presidido por una persona sin nociones preconcebidas ni prejuicios. La comunidad cenobítica se caracteriza entonces porque la responsabilidad se comparte con mayor equilibrio. Sumándose entonces a la relación personal con el abad —más importante al comienzo de la vida monástica y en momentos de decisiones personales y crisis— se halla también el proceso de formación que resulta de convivir con varios hermanos y que se convierte en asunto cotidiano.

Podría ser útil ahora situar todo esto en el contexto de la misión actual del abad como padre espiritual y de la búsqueda individual de Dios por parte del monje.

La experiencia humana de Dios es una experiencia de fe. La búsqueda de Dios no es lo mismo que una investigación filosófica. En este sentido, no es científica. También por esta razón no se la puede aprender simplemente leyendo libros. No hay otro manual que la vida, y en el caso del monje, la vida monástica misma. Así como Dios mismo no puede ser sujeto de una demostración empírica (es decir no puede ser "experimentado" en una forma científicamente prevista), tampoco la búsqueda de Dios por el monje puede ser hecha de acuerdo a una metodología empírica. Sabemos por la fe que Cristo trajo una vida nueva al mundo, que Dios entró en la historia humana y de esta forma también en nuestras vidas individuales. De este modo, por la fe afirmamos que Cristo obra realmente en nuestras vidas, aún cuando no en una forma que podamos describir experimentalmente por adelantado. Esto no implica que nuestros actos de fe no puedan ser analizados teológicamente y psicológicamente, sino que no se puede crear una ciencia basada en una interacción de Dios —el Imprevisible, el Inconmensurable— y el hombre. Se están haciendo numerosas investigaciones sobre la experiencia religiosa, experiencia que parece tener muchos rasgos comunes en todas las culturas, pero tales investigaciones serán siempre descriptivas, representan sólo un aspecto del proceso completo, tan diferente en cada individuo debido a sus diversas capacidades, talentos y deficiencias y a la acción inefable de la gracia misma.

En el monje, la experiencia de la fe se encarna y se expresa por su estilo de vida, es decir, por su vida de oración litúrgica y sacramental, por la *lectio divina*, por su compromiso de celibato, por la modalidad cenobítica y por todo el comportamiento ascético que esto implica. Es difícil especificar el momento en el cual el papel del

abad penetra este estilo de vida, sin agregar que este mismo estilo de vida está influenciado por las relaciones del monje con el abad. Los elementos del estilo de vida del monje anteriormente mencionados son los principales métodos tradicionales (aunque no los únicos) que el monje ha empleado siempre en su búsqueda de Dios y en sus intentos de escuchar la palabra divina y actuar de acuerdo a ella.

Al describir la misión del abad en esta especie de búsqueda de Dios, será útil distinguir la relación entre el abad y el monje como individuo, de la relación abad-comunidad, aunque las dos se sobreponen parcialmente.

Como lo señalamos anteriormente, la misión del abad respecto del joven monje que está buscando conocerse a sí mismo y encontrar a Dios, es sumamente importante, aún cuando en las comunidades grandes puede y debe ser delegado en otros. El seleccionar esos "otros" es en sí mismo un acto importante que demanda discernimiento de espíritus: muchos monjes santos, verdaderos ascetas y perfectos obedientes son simplemente incapaces de inspirar la confianza necesaria para "la apertura de corazón" y carecen a menudo de la sensibilidad psicológica necesaria para comprender los talentos y las deficiencias de los monjes jóvenes. Probablemente por esto, en lugar de una "búsqueda real de Dios", los maestros de novicios pueden tender a caer en la rigidez y uniformidad de las observancias externas, esperando que en una conformidad fiel a tales actos, el novicio alcanzará forzosamente un nivel más profundo. El abad es responsable de la formación de los novicios. Yo diría que es tarea principal del abad ayudar al novicio a conocerse a sí mismo y a abrirse a la palabra de Dios. Cuenta para ello con la ayuda de toda la comunidad y de hombres especialmente delegados, pero no puede desentenderse de tal responsabilidad. Aquí debe tener el abad buen discernimiento para no confundir la apertura con la falsa docilidad basada en un temperamento débil y pasivo. El abad o su delegado deben ayudar al recién llegado en su esfuerzo por conocerse. Únicamente cuando los obstáculos a la apertura que provienen de una falsa estimación de sí mismo, han sido suprimidos, cuando todas las ilusiones sobre sí mismo han sido disipadas, se puede escuchar la palabra de Dios sin prejuicios. La semilla ha de caer en terreno que esté preparado para recibirla. En lugar de considerarse como un sustituto del Evangelio, el abad debe presentarse al monje como alguien que lo puede ayudar a adquirir las disposiciones necesarias para la realización de su vocación monástica.

Al comienzo, el abad puede ser también la fuente de un conocimiento teórico y práctico, pero como ya hemos dicho, en la actualidad es sólo una de las numerosas fuentes posibles. Sus posibilidades en este aspecto pueden estar limitadas sin que su papel de abad se vea disminuido. Al mismo tiempo que de sus bases propias, muchas cosas dependen del nivel intelectual y del trabajo de los monjes en la comunidad. Cuando tantos monjes siguen estudios eclesiásticos o aún especializaciones en materia eclesiástica o en ciencias profanas, la misión del abad puede no ser tanto de información como de discernimiento: quizás en este aspecto sea el ojo de su comunidad antes que su mente.

A medida que el monje madura en su búsqueda de Dios, el papel del abad puede hacerse menos visible, una llamada de atención ocasional, estímulos frecuentes. Sin embargo es experiencia de casi todos los monjes que en un momento dado de su vida, ha de tener cada uno con su abad aquella apertura y pureza de corazón que caracterizó su primera conversión. Hay momentos en la vida de todo monje en que deben tomarse decisiones, y el monje no es el mejor juez de lo que Dios le está

diciendo realmente. No son tal vez situaciones frecuentes pero son reales e importantes. Es imposible al abad ayudar al monje en tales circunstancias si no cuenta con su completa confianza. También aquí el papel del abad es de discernimiento: ¿No estará el monje dejando que sus emociones lo dominen en detrimento de la sana razón?

San Benito señala justamente que para el abad el mejor modo de enseñar a la comunidad es su propio ejemplo: en la actualidad aprendemos mucho de los libros y no queremos ser llamados adoradores de héroes, pero no obstante estamos influidos por el ejemplo de aquellos que han encarnado sus valores en un estilo palpitante de vida y no en tratados teóricos.

El abad enseña también a la comunidad por el ejemplo de apertura que él mismo da. Benito lo muestra claramente en el capítulo tercero. El abad consulta efectiva y gustosamente a sus hermanos, no sólo para complacerlos o porque el Derecho Canónico así lo establece, sino porque sabe que la palabra de Dios le llega también en y a través de sus hermanos. Esto podría ser aún más valedero hoy, cuando el nivel cultural e intelectual de los monjes es más alto.

El abad enseña también por su vigilancia constante respecto de las exigencias del Evangelio. Aunque puede no ser el mejor conocedor científico de la Biblia entre los miembros de la comunidad, debe tener sin embargo una particular sensibilidad a su mensaje y no permitir que sea disminuido por motivaciones prácticas o utilitarias.

Es cierto que nuestros sistemas de educación en boga, que ponen más énfasis en el trabajo en seminarios y en la investigación en equipo, tienen también su repercusión en el monasterio; (¡pensemos en el gran número de "comisiones" que hay en cada comunidad!), sin embargo la búsqueda de Dios tiene que llegar a ser personal de cada monje y no permanecer árida y abstracta. Es en el momento de hacer de la palabra de Dios un acontecimiento personal y actuante cuando el papel del abad se hace evidente a cada monje.

Precisamente, a este nivel personal, en el que la aplicación de la Palabra requiere "discreto", ya que el individuo puede dejarse engañar por emociones y falsas motivaciones, se torna más eficaz la ayuda que el abad presta al monje en su búsqueda de Dios.

La caridad, la atención y la apertura del abad pueden convertirse para el monje en símbolo viviente y signo del Único a quien en verdad llamamos Padre y de cuya paternidad el abad es apenas un débil reflejo. El monje no "experimenta" a Dios a través del abad, pero puede ser conducido a Dios por el ejemplo de su abad, que obra a la manera de Cristo.